

## LA ALTERACIÓN DEL BINOMIO

Fernando López

(Cuento)

DE : **El Decamerón cordobés (2006 / 2008)**

*(donde se cuenta cómo el amor, a veces, excede los límites de la ecuación)*

Nadie podrá convencernos, con argumento bastante, de que esta exclusión que ahora sufrimos, mi hermana y yo, no fue un acto reflejo de aquel castigo ejemplar. No lo aceptamos. Para nosotros, la clave está en el mítico tiempo en que papá y los tíos se mantenían unidos en sociedad laboriosa, en las reuniones periódicas celebradas para tratar cuestiones familiares o para enfrentar la hostilidad de la naturaleza. O bien, está, como sugiere Alicia, en la influencia sutil de las tías, que se internaban silenciosas en la cocina pero siempre dispuestas a contar los chismes que anticipaban el ritual de los varones. Por entonces conjeturábamos que ellos se reunían para decidir dónde debían ubicarse para atacar al flagelo que periódicamente azotaba los campos. Y que lo lento de sus tareas se debía a que cazaban las langostas con las manos para arrojarlas después a las fogatas, porque siempre hablaban del fuego, de la importancia del viento y esas cosas. A nosotros nos arriaban a la calle hasta la hora de comer para que no escucháramos. Imaginábamos que su intención era preservarnos del temor a los fenómenos naturales, como las mangas o el granizo, sustituyéndolo por el miedo a los seres dañinos con forma de gnomos o dragones. El hombre de la bolsa, las gitanas y las brujas, cuya existencia comprobamos en la historia de Hansel y Gretel, circulaban por las calles sin que nadie pudiera someterlos. En eso también hubo una doble intención. Una tarde que siempre vuelve del recuerdo fue cuando encontramos a esa mujer vagabunda derrumbada bajo una mora en los terrenos del ferrocarril. Estaba inmóvil como una mancha bajo el gabán percutido, hasta que cobró vida y se estremeció en un aullido que se perdió en la tormenta. Alicia y yo pensamos que elevando la voz y los puños había querido quejarse de su suerte, porque la furia elemental no se compadecía de su vida a la intemperie. Desde siempre, desde aquella vez que la escuchamos gritar escapándonos del viento y de la lluvia, se nos antojó que había pronunciado la palabra *papá*. Todo era propicio para el misterio mientras lo vimos desde la casa de la infancia: hablábamos de cosas diferentes creyendo referirnos a lo mismo y recién cuando salimos al mundo, donde se aprende o se muere, las conjeturas y los datos reales terminaron por enhebrarse. Quizá por eso la imposición de nuestros padres de no descuidarnos en el camino hasta el colegio, una experiencia que habría de darnos mucho más de lo que suele deparar un recorrido limitado. Cuando los hermanos de papá llegaban a casa venían con pretextos como encontrarse para comer un nonato, pero siempre, antes de iniciar la ceremonia de las brasas, se encerraban durante horas en el salón principal de la casa. A menudo se excusaban de

venir los que vivían en el campo con los calendarios de la siembra o la cosecha, excepto, claro, que el asunto a tratar fuera grave y tuviera relación con la familia. Entonces venían los nueve. A pesar del consenso en temas generales, no les resultaba fácil conciliar algunas diferencias. Los encuentros alegres y generalmente tranquilos podían llegar a ser acalorados y estruendosos, tan conflictivos que llegaban a decirse *te voy a matar o hijo de puta* y solían terminar rompiendo botellas, con sangre en las aletas de sus narices y las mujeres interviniendo a gritos. Cierta vez, una de las tías abrió la puerta para llevarles ajenjo y alcanzamos a escuchar que Emiliano decía: *A 'la mona' hay que encerrarla. No podemos tolerar que viva así.* La idea de tener un animal en casa suscitó en nosotros la ilusión de que la jaula de alambre que tejían en el patio era para alojar a un primate, pero la llenaron con pájaros y la esperanza se desvaneció. Todos se sorprendieron cuando preguntamos por *'la mona'* y dejaron en claro que no les parecía adecuado tratar el tema con nosotros. Con Alicia, que recién comenzaba primer grado, decidimos investigar, constituyéndose esa práctica en un hábito que nos mantiene unidos a través de los años. Yo me comprometí a indagar sobre la calidad de los seres voladores que tan meticulosamente se escondían entre las palabras de los adultos. La pobre maestra de tercero no se atrevió a romper el pacto de silencio que adivinó en mi relato de las reuniones parentales. Prefirió desviar la atención hacia el fenómeno natural de las estaciones, con sus criaturas desarrollándose en ámbitos propicios que permiten la variedad y la supervivencia. Nos dio como deber una composición: *La mariposa, el insecto más bello de la naturaleza.* Contrariado por las evasivas, quise lucirme con definiciones de rango superior al de las palabras comunes, entrenándome con el diccionario que el tío Juan Pablo me había regalado para mi cumpleaños. Me sorprendió descubrir, primero con pesar y después con alegría, que los insectos son animales cubiertos de pelos diminutos, que devienen escamas en las alas de las mariposas. ¡Animales peludos y articulados, que respiran! Lo escribí en el cuaderno y se lo mostré a mamá y a la noche, mientras cenábamos, busqué la aprobación de mi padre, sin tomar en cuenta que la reunión con los hermanos había terminado en una batalla descomunal. Estaba silencioso, acodado para sostener la cabeza entre las manos, la mirada perdida en algún punto del planeta atravesado por los vapores de la sopa. Respiraba agitado, la camisa se le había pegado sobre un extenso mapa de agua que ocupaba su pechera. *Papá, ¿qué es un insecto?* Sentí dolor en la mejilla izquierda y una sensación de vértigo que cesó cuando el espaldar de mi silla se detuvo contra el piso. De nada valieron sus reclamos de perdón al lado de mi cama, alrededor de medianoche, cuando quiso justificar que no había entendido el verdadero sentido de mi pregunta. A la tarde siguiente el clima se enrareció: sin que nadie lo previera, el extraño personaje del gabán oscuro sacudió el aldabón de nuestra puerta. Mamá y una de las tías corrieron a sujetarnos para que no atendiéramos. Los golpes sonaron como una onda expansiva en todos los cuartos de la casa. A través del *vitraux* distinguimos la sombra que se movía nerviosa como adivinando que estábamos ahí. Golpeó otra vez y otra más, hasta que al fin se fue. Mamá y la tía suspiraron. Por toda explicación nos dijeron que esa mujer estaba loca, que andaba pidiendo limosna cuando no tenía necesidad de hacerlo. El párpado amoratado me mantuvo recluido del umbral hacia adentro, contra mi deseo de conocer la sorpresa causada en la escuela con mi manejo del diccionario. “Muy bien 10, te felicito”, decía escuetamente al pie de la tarea. Recién a la noche me dejaron salir, porque me ofrecí a comprar el ajenjo para mi padre después de la negativa de mi hermana. A una cuadra de casa me topé con la mujer. Masticaba un trozo de pan y hablaba sola en la oscuridad de un umbral, meciéndose como sentada sobre un sillón viejísimo. Me crucé a la vereda de enfrente. En el almacén había varios clientes y demoré bastante. Tal como esperaba, no la encontré en el camino de regreso. En su lugar había quedado un diario percutido y ese olor avinagrado que se alojaría en mis recuerdos adherido a su figura.

Al final de las clases, cuando llegaban las primeras langostas y todo el mundo se aprestaba para combatir las, con Alicia, algunos primos y los chicos del barrio nos divertíamos cazándolas para encerrarlas bajo las tapas de hierro de Obras Sanitarias, una labor que terminaba con los receptáculos de las veredas atestados de insectos que iban mutando hacia una pasta gelatinosa. Uno o dos días después era imposible salir a la calle. Mientras los hombres se agotaban combatiendo en el campo, las mujeres y los niños nos encerrábamos a esperar que el fenómeno desapareciera. Golpeaban en su vuelo errátil todo lo que encontraban a su paso: los cristales, los cuerpos, las campanas, hasta que al fin volvía la normalidad. Más tarde, en enero, con el vaho de las calles empedradas elevándose a la siesta como una cortina, nos sentábamos en el cordón de la vereda a esperar el paso de las *agrúlides*. Venían de a miles, batiendo sus alas amarillas por el centro de la calle y las volteábamos con ramas de fresno, para guardarlas bajo las mismas tapas de hierro donde observábamos su transfiguración. Papá, que a diferencia de sus hermanos salía de casa con traje y un portafolios imponente, se quejó a menudo de las tareas que emprendíamos contra los seres de la naturaleza, queja que con el tiempo nos valió para increparle la dureza de sus sentimientos para con la mujer del gabán: teníamos prohibido mencionarla, abrirle la puerta, decirle nuestro apellido o detenernos a hablarle si alguna vez se cruzaba en nuestro camino. Al concepto de que era loca, mamá agregó el de bruja, palabra que inyectó en nosotros el miedo que necesitábamos para rechazarla del todo. Por cierto que Alicia no se quedó atrás en eso de investigar. Insistió hasta las lágrimas y logró que la dejaran acompañarme a catequesis, los sábados a la mañana, calculando que en algún momento estaríamos cara a cara con el cura Gervasi. La idea era exigirle una explicación sobre el insecto que no parecía ser peludo y con alas, del que nadie en la familia, ni mi padre, querían hablar. Sor Concepción se encariñó con nosotros y procuró aventar nuestro aburrimiento leyéndonos versículos con ángeles, para sugerirnos que comenzáramos a asistir a misa para acostumbrarnos al sacramento de la eucaristía. Contra todo lo imaginado, nos aburríamos sobremanera repitiendo los ritos de los mayores, que se arrodillaban, se erguían o sentaban todos juntos y parecían revivir de la liturgia en latín cuando comenzaba el sermón en nuestro idioma. Gervasi hablaba de temas puntuales que no estaban a nuestro alcance. Se quejaba de las mujeres públicas, de los sacrílegos, de las relaciones aberrantes *que transforman el amor filial en algo oscuro y obscuro*. Nunca mencionaba a nadie, como si todos debieran saber a quiénes se refería. Hasta que un sábado tranquilo y soleado se apareció en el patio donde estábamos con la monja y se sentó entre nosotros a acariciarnos la cabeza, decir chistes y contarnos historias de Jesús. Nos pareció un tipo macanudo y nos envalentonamos. *¡Es un pecado!*, fue su respuesta inmediata. Por supuesto que no le entendimos, como tampoco su cambio de humor, su admonición de que rezáramos cien padrenuestros y le dijéramos a nuestro padre que fuera a entrevistarlo. Papá, que casi nunca iba a misa, nos advirtió que dejáramos de joder con esas preguntas, so pena de un castigo que no deseaba propinarnos. Cuando descubrimos que la vagabunda vivía en un nido de papeles y cartones, bajo la inmensa mora arraigada en los terrenos del ferrocarril, nos inventamos una atalaya en un árbol cercano a la empalizada. Estábamos seguros de que no nos veía porque jamás se acercó ni se sintió molesta. Decidimos seguirla en sus rondas de la tarde en las que golpeaba puertas que eran siempre las mismas: recibía pan, alguna fruta, monedas o un líquido humeante que consumía sentada en el umbral donde luego dejaba la marmita. La vimos salir de la iglesia discutiendo con el cura, de donde partió con su hatillo sin lograr ser absuelta, quizá porque nunca admitió contrición. En otras, la perdíamos de vista y en esos lapsos parecía renacer la tranquilidad en nuestra casa. Lo supimos después de aquella única ocasión en que nos vimos frente a frente y nos contó de los amores de una reina. La encontramos al doblar la esquina en la mitad del camino entre el colegio y nuestra casa. Antes de que pudiéramos evitarlo, nos detuvo con un gesto y

nos habló. *Ustedes son hijos de Toribio*, dijo, con la voz chillona de las brujas. *Vos, Tomasito y vos Alicia. Los hijos de Toribio*, repitió. Después supe que Alicia se orinó encima. Yo temblaba, para no ser menos. *Soy Ramona, hermana de tu padre*, dijo. Esas palabras se impusieron milagrosamente sobre la urgencia de salir corriendo. *¿La mona?*, me animé a preguntar. *Soy tía de ustedes, tía de los dos*, dijo, sonriendo con una boca que mostraba unos pocos dientes renegridos. *¡Qué lindos que son, qué grandes! ¿Cómo está tu papá?* Alicia se había escondido detrás de mí pero ya no me tironeaba. Los chicos del colegio pasaron a nuestro lado y nos instaron a seguirlos antes de que la bruja nos comiera. No sé si fue enseguida que descubrí en ese rostro macilento algunos rasgos familiares o si fue cuando nombró a Juan Pablo, a Emiliano, a Evaristo y a cada uno de los tíos sin olvidarse de ninguno. *¿En serio que sos mi tía?* preguntó Alicia, ubicándose a mi lado. *Sí, soy la mayor. ¿Y por qué no vivís en una casa? Mi madre y mis hermanos me echaron de la familia. Tu abuelo era el único que me amaba*, suspiró. Miró hacia arriba con los ojos anegados. Creo que su mirada se dirigió al sol cuando nos contó la parábola. *En la colmena solo hay lugar para una reina. Si hay más de una, la que habrá de reinar debe matar a las otras*, dijo. Y después, dulcificando la expresión de su rostro: *Cuando la reina está lista, se prepara para unirse con el único amor de su vida. Comienza el vuelo nupcial seguida por un enjambre de adoradores, hasta que uno solo, el más fuerte, el más hermoso, la alcanza en pleno vuelo y sellan su encuentro bajo el sol...* Suspiró y se detuvo un instante. Alicia y yo nos miramos, sin entender una sola palabra de lo que narraba en voz baja. Apoyada contra la verja que limitaba un jardín, se dejó resbalar lentamente hasta quedar en cuclillas. Después agregó, casi gritando: *¡Cómo no amar lo que más se desea...!* Se quedó en silencio mientras miraba las baldosas flojas que rodeaban la raíz emergente de un árbol inmenso, momento que nos pareció adecuado para seguir nuestro camino. Llegamos a casa con un nudo en la garganta, que no supimos si atribuir al encuentro o a sus posibles consecuencias. Sin decirnos nada, calculamos que cualquier revelación operaría en nuestra contra y a pesar de la curiosidad, de los nervios, de lo ansiosos que estábamos por preguntar, guardamos el secreto como se guarda el tesoro de un pirata. Durante el invierno la perdimos de vista. Casi no la vimos, salvo una tarde soleada en la que mamá estaba entretenida con el vendedor de arroyo y ella se le apareció en la puerta. *Quiero hablar con mi hermano*. Mamá no le permitió el acceso. Se dirigió a ella con palabras durísimas, tan duras como los gestos que hizo blandiendo una botella con ambrosía. Cerró la puerta con traba para evitar que nos tentáramos de contestar a los golpes furiosos que daba con el aldabón. Su sola mirada nos persuadió de que ni siquiera lo intentáramos. Se armó enseguida una reunión con los tíos que se extendió hasta pasada la medianoche y siguió la tarde siguiente y luego el fin de semana. Se acordó finalmente que intentarían alojarla en un hogar para desvalidos. Los primos, con quienes deseábamos compartir lo poco que sabíamos, no estaban ni enterados de su existencia. Siempre atenta a que sus hijos no fueran perturbados, mamá escuchó la conversación y nos encerró en el baño para lavarnos la boca. *¡Está prohibido hablar de esa loca!* dijo. *¡Si los llevo a escuchar de nuevo, les parto la cabeza contra la pileta!* Desde entonces, hasta que fuimos más grandecitos y dejaron de pegarnos, hablábamos de ella cuando estábamos solos, camino al colegio o en la habitación, cuando papá y mamá se dormían. Quizá porque el invierno fue crudo, Ramona desapareció de los lugares que solía frecuentar. El nido de papeles y cartones se voló en una de tantas tormentas de agua y viento. La buscamos, infructuosamente, para preguntarle cosas de su infancia, de los abuelos que no conocíamos, de su tiempo. Lo que supimos, a medias, porque fuera de las reuniones de los hermanos nada se decía, fue por boca de una tía: confirmamos que era la mayor, la única mujer y que había cierta historia, en la que también entraba el abuelo, instalada en el silencio general.

Hicimos la comunión, nos mudamos a una casa con agua caliente y cuando cumplí doce años papá me compró la bicicleta. Sus cosas andaban bien y estaba siempre contento, agradecido por la buena fortuna que le permitía vivir con holgura. Los fines de semana se dedicaba a nosotros. Solíamos ir al centro a tomar helados o a mirar vidrieras. O a visitar a alguno de los tíos, con el pretexto de comer un nonato, hablar de cosas del pasado o simplemente ayudar en la cosecha de la miel. En algunos de los paseos más largos solíamos llegar hasta el cementerio a visitar a los abuelos. Le ayudábamos a limpiar los recipientes, a tirar las flores secas y después lo acompañábamos en la oración silenciosa que decía ante el retrato de cada uno. Los rostros de papá y del abuelo se parecían mucho y el de la abuela era bellissimo. Una tarde Alicia me propuso que buscáramos la tumba de Ramona. Intuía, no sin cierta lógica, que su ausencia era definitiva. No nos cabía imaginarla en un lugar confortable con comida suficiente y un hogar a leña para disfrutar en compañía de otros viejos. No encontramos señales de que hubieran logrado ubicarla en un lugar de donde no pudiera escaparse, un razonamiento que me alentó a llevarla sobre el caño de la bicicleta en numerosas incursiones. Partíamos los sábados a la siesta y volvíamos a la tardecita, agotados de subir y bajar escalones para llegar hasta la hilera superior de los nichos, de caminar entre los mausoleos con la esperanza de encontrar nuestro apellido o de ver a alguno de los tíos. No sabíamos por dónde buscar en esa ciudad inmóvil que parecía tan numerosa como la ciudad de los vivos. Hasta que, confiados en que éramos buenos para eso, la encontramos. Ramona había fallecido dos años después del encuentro que nos alentó a conocer el misterio nupcial de las abejas, en agosto, el mes más frío de aquel invierno cruento. Como no podíamos preguntar, aceptamos definitivamente que había muerto en su ley. Una buena fotografía pero ante todo el apellido, revelaban sin lugar a dudas que era de los nuestros. La placa de bronce rezaba que hermanos y sobrinos rendíamos tributo a su recuerdo y un pequeño detalle parecía confirmar lo que decían las letras: alguien le llevaba flores. Alicia pensó siempre en papá, que vivió muchos años y acató la intimación de mamá cuando descubrió nuestra relación carnal, pero yo me incliné por alguno de los tíos. Como sea, era alguien que guardaba el secreto a voces de lo que había ocurrido en la familia, masticando en silencio la condena que nos obligó a vivir en la misma exclusión en la que murió Ramona.